



## CAPITULO XXX.

Adhesión de Córdoba al plan de Ayutla.—Estado del país.—  
Jalapa se adhiere al general Carrera.—Orizaba y Córdoba  
contrarian el acta de Jalapa.—Córdoba proclama gober-  
nador al general la Llave.—Desestanco del tabaco.—Otras  
leyes liberales.—Pérdidas en las siembras.—Pronuncia-  
miento de Zacapoaxtla.—Pronunciamiento de Puebla.—  
Osollos se retira rumbo á Orizaba y Córdoba.—Preparati-  
vos de la guardia nacional cordobesa para resistir á Oso-  
llos.—Primer ataque á las trincheras.—Asalto general.—  
Abandono de las trincheras.—Una guerrilla de voluntarios  
presta importantes servicios.—Combate en el interior de  
las manzanas invadidas.—Falta de parque.—Se piensa  
evacuar la ciudad y los nacionales se niegan á ello.—Re-  
conocimiento general.—Los reaccionarios comienzan á re-  
tirarse.—Es rechazada la última columna de ocupación.  
—Llega el general Moreno con refuerzos.—Marcha á Cos-  
comatepec.—Derrota y dispersión general de los reaccio-  
narios.—El general Moreno regala un cañón á los guardias  
nacionales.

Luego que las fuerzas conservadoras abandonaron á Córdoba, un grupo numeroso de personas acudió á Atoyac á dar la noticia al general la Llave y á invitarlo á que pasara á la ciudad.

Mientras tanto en la capital de la República se desarrollaban acontecimientos que tendían á aprovechar en favor del partido conservador, la abdicación que desde Perote hizo de la presidencia el general Santa-Anna. El día 13 (Agosto de 1855) la guarnición y el pueblo se pronunciaron por el plan de Ayutla, nombrando general en jefe á D. Rómulo Díaz de la Vega, quien comenzó á ejercer la autoridad desde luego y, apoyado en el mismo plan cuyos fines se trataba de falsear, dió los pasos necesarios para la elección de presidente interino. Este recayó en el general D. Martín Carrera, quien entró á funcionar el día 14.

La invitación de que hablamos anteriormente y que se hizo al general la Llave, fué aceptada por dicho jefe, el cual se presentó en la ciudad en la mañana del 18, en medio de vivas muestras de regocijo popular. Acto continuo se redactó una acta, por la que las autoridades y el pueblo se adherían sin restricciones al Plan de Ayutla; al terminar dirigieron la palabra al público varios de los prohombres del liberalismo en Córdoba, siendo el primero el héroe del día—la Llave—quien dió las gracias al pueblo cordobés por

los auxilios que le prestó mientras se mantuvo en Atoyac (1).

Después de pasados los primeros momentos de efusión, se propuso y fué aprobado en asamblea popular, reorganizar la guardia nacional, nombrándose por jefe de ella á D. José M. de Ceballos Cabo. También se propuso reinstalar como legítimo al Ayuntamiento de 1853, sustituyéndose los miembros que faltasen con personas adictas á la revolución; en consecuencia quedó fungiendo de alcalde primero D. Mariano Ramírez. La comandancia de la plaza fué encomendada al jefe liberal D. Manuel García Rojano. (2)

Al tiempo que se desarrollaban los sucesos que venimos narrando, cuatro partidos se disputaban el poder: los liberales que dominaban en los Estados de Jalisco, Guerrero, México y Veracruz; Vidaurri, liberal á su modo, que imperaba en la frontera del norte; Haro y Tamariz, pronunciado en San Luis Potosí, que defendía los principios absolutistas; y el partido conservador moderado que era dueño con el general Carrera de una gran parte del país y cuyos manejos en la capital ya hemos mencionado.

La mayor parte de las autoridades santa-annistas se adherieron al presidente electo en México; otros

(1) Veanse las alocuciones de la Llave y Hernández y Hernández en el *Apéndice* (documento núm. 18).

(2) Archivo municipal.

puntos se declararon por el plan de Ayutla genuino. En la parte central del ex-departamento de Veracruz, Coscomatepec, Huatusco y otros pueblos de menor importancia secundaron al general la Llave á poco de haberlo efectuado Córdoba; Orizaba se pronunció el 20 del mismo Agosto; en cambio Jalapa, movida por su prefecto el general D. Carlos Oronoz, redactó una acta—el día 15—adhiriéndose al general Carrera y nombrando gobernador del Estado á D. José M. Pasquel.

Habiendo sido invitados los ayuntamientos de Orizaba y Córdoba á secundar el acta de Jalapa, aquellas poblaciones se pusieron de acuerdo, rechazándola Orizaba por ser contraria al plan de Ayutla y tomando Córdoba el siguiente acuerdo: las autoridades, guarnición, guardia nacional y vecindario reproducen su voto consignado en la acta del día 18 adhiriéndose al plan proclamado en Ayutla el 1.º de Marzo de 1854, y conforme al mismo plan reconocen como gobernador y comandante militar del Estado al general la Llave. Circulado este acuerdo entre todos los pueblos veracruzanos que sostenían las ideas de la revolución, la Llave fué sucesivamente reconocido como tal gobernador, por lo que el general Oronoz promovió una nueva junta en Jalapa, la cual desconoció el día 29 al gobierno instalado en México.

Ante la opinión que le era contraria el general Ca-

rera se separó de la presidencia el 12 de Setiembre, entregando el poder, como jefe de la guarnición, al general Diaz de la Vega. El 4 de Octubre siguiente fué nombrado presidente interino el caudillo de la revolución D. Juan Alvarez.

En los pocos dias que duró la administración de Carrera se expidieron algunas leyes que derogaban otras de la dictadura, dando con ésto un paso que sirvió de transición para la obra que más firmemente emprendió el general Alvarez, quien dictó múltiples disposiciones en bien de la administración; entre ellas debemos citar, por el interés que tuvieron para Córdoba, las que derogaron las leyes que creaban fondos especiales.

Teniendo por mira evitar dificultades al país, el general Alvarez cedió el mando—en 12 de Diciembre—al general D. Ignacio Comonfort; una serie no interrumpida de pronunciamientos y motines marcó, sin embargo, el principio de la nueva administración. En medio de ese trastorno general continuó el Gobierno dictando leyes en consonancia con las ideas de la revolución: para no citar más que las que tuvieron una influencia directa sobre Córdoba, mencionaremos primeramente las disposiciones que nulificaron los fueros del ejército y del clero; luego, un decreto expedido en 25 de Enero de 1856, por el que se declaró libre en toda la República la siembra, el cultivo, la

elaboración, el expendio y la exportación del tabaco, estableciendo por único impuesto sobre él, dos pesos por cada tercio de ocho arrobas, pagaderos en el lugar á que se introdujera para su consumo. Como consecuencia de la última ley citada, se mandó con posterioridad poner en libertad á los que se juzgaba por el delito de contrabando de tabaco.

La parte que tomó el clero en el plan de Zacapoaxtla dió origen á que en 31 de Marzo del mismo año se mandasen intervenir los bienes eclesiásticos de la diócesis de Puebla, por lo que los gobernadores de Puebla y Veracruz nombraron interventores, los cuales fungieron hasta que más tarde se anuló lo dispuesto. El 25 de Junio se expidió otra ley general que mandó reducir á propiedad particular los bienes de corporaciones, tales como comunidades religiosas, ayuntamientos, cofradías, hermandades, colegios, etc., esceptuándose los edificios de uso directo de las corporaciones y los ejidos y edificios públicos.

Por su lado el general la Llave, gobernador del Estado, expidió un decreto en 4 de Abril que declaraba vigente la ley de 22 de Diciembre de 1826, por la cual se mandaron reducir á propiedad particular los terrenos de comunidades de indígenas, pero derogando los artículos 6.º y 8.º de esa ley, de modo que los individuos de raza india quedaran en aptitud de enagenar las tierras que se les asignasen.

Hechos naturales contribuyeron á preocupar los ánimos en el año de 1856: primeramente una fuerte granizada ocasionó en Chocamán una pérdida de cosa de medio millón de pesos; en seguida la langosta asoló los campos por los meses de Mayo y Junio.

Anteriormente, con motivo de una de las disposiciones de que hicimos mención poco ha, nos referimos al plan de Zacapoaxtla. Este movimiento estalló el 19 de Diciembre de 1855, poniéndose á su frente el general D. Antonio de Haro y Tamariz, acompañado de los jefes Güitián, Osollos y Olloqui. Hechos duenos de Puebla el 23 de Enero siguiente, Haro y Tamariz dirigió una circular á los pueblos, invitándolos á adherirse á su plan. A dicha invitación el Ayuntamiento de Córdoba contestó que dependiendo enteramente del gobierno del Estado, no podía resolver nada sobre el particular (1).

(1) He aquí el último párrafo de la invitación que recibió el Ayuntamiento: «¿Y puede haber, esceptuando un movimiento revolucionario, otro recurso eficaz para dar nombradía á un gobierno que se ha acreditado de inepto, de impio, de débil y de inmoral? ¿Puede haber recurso para volver á algunas de las localidades á la obediencia, para arreglar los ramos administrativos, para imponer á los pueblos el respeto é infundir confianza en el ánimo de los ciudadanos? ¿Puede haberlo tratándose de unos gobernantes que han comenzado á ejercer el poder, cobrándose á razón de ciento por uno las cantidades que dicen haber adelantado para la revolución, y que han principiado su dominio entrando en humillantes transacciones con agiotistas y conspiradores?»

Puebla fué obligada á capitular el 23 de Marzo, pero los movimientos se sucedían por distintas partes, proclamando todas ellas la defensa de la religión (1).

En la noche del 19 al 20 de Octubre volvió Puebla á alzarse en armas, con una parte de la guarnición dirigida por los jefes D. Joaquín Orihuela y D. Miguel Miramón. El Gobierno envió contra la plaza pronunciada al general D. Tomás Moreno, quien después de un sitio de cuarenta días tomó á Puebla, por capitulación, el día 3 de Diciembre (1856).

Entre las fuerzas que por aquel entonces se hallaban pronunciadas se cuentan las que mandaba Osollos, recién vuelto del extranjero, las que consistentes en más de mil hombres y cuatro piezas de artillería, habían entrado á Tlaxcala, uniéndose á D. José M. Cobos, quien con doscientos hombres se había apoderado sucesivamente de Pachuca, Teotihuacán y Texcoco. Todas estas tropas unidas á las de D. Ignacio Gutiérrez se disponían á auxiliar á los sitiados de Puebla, por lo que el general Moreno destacó en su contra dos mil soldados y ocho bocas de fuego.

«Puede haber ese recurso con relación á un gobierno que no confía en sí mismo, ni en la moralidad que inspira, y que ha creído necesario sujetar los libros de la tesorería al examen público, á fin de hallar quien le preste doscientos pesos para los gastos de mañana?» (Archivo municipal).

(1) En Córdoba hubo un motín en la cárcel en la noche del 29 de Setiembre, pero no tuvo carácter político.

Las fuerzas reaccionarias, en número de mil ochocientos hombres de las tres armas, tomaron en esas circunstancias el camino de Orizaba, á cuya vista llegaron el 9 de Diciembre. A fin de favorecer el paso de sus tropas frente á la citada ciudad, Osollos sostuvo con el general la Llave una escaramuza que, llamando la atención de los liberales, dejó expedito el camino de Córdoba, punto objetivo de los proyectos de Osollos.

La guarnición de Córdoba se componía de cuatro compañías de guardias nacionales á las órdenes de su teniente-coronel D. José M.<sup>a</sup> de Cevallos Cabo, formando un total de doscientos ochenta hombres, todos de infantería.

Desde la mañana del 9 se tuvo noticia de la aproximación de las fuerzas reaccionarias, por lo que se mandó en el acto reunir la guardia nacional, pues sólo cincuenta hombres estaban de servicio. El jefe político D. Rafael Cevallos, de acuerdo con el jefe de los nacionales dió orden para cubrir algunas alturas y formar dos parapetos con tercios de tabaco, en las esquinas de las calles de México y primera del 5 de Mayo con las calles de la Aduana (1). Junto á la segunda de esas trincheras, en el edificio que después fué aduana, existía el cuartel de los nacionales, cuya

(1) Damos los nombres actuales de las calles.

defensa se confió á la guardia del mismo cuartel. El parapeto de la calle de México lo mandaba el teniente D. José M. Arroyo Limón, apoyado por una fuerza situada en la torre de la iglesia del Colegio de niñas y por las alturas del portal del *Coronel Cevallos*, al mando del capitán D. José M. Flores; la trinchera de la calle del 5 de Mayo fué confiada al teniente D. Vicente Acuña, sostenido por las alturas del portal de la Victoria, cuyo punto mandaba el capitán D. Luis Modesto Hernández. Una parte de las reservas fué situada entre los dos parapetos, á fin de poder acudir prontamente á cualquiera de ellos; tenía el mando de esa reserva el teniente D. José M. Ramírez Pérez. El resto de los guardias nacionales estaba distribuido en la ex-alhóndiga, el convento de San Antonio y la Parroquia, en cuyo último punto se encontraba el cuartel general. Una segunda reserva esperaba órdenes junto á la citada Parroquia.

En los primeros momentos pensóse en hacer montar á algunos nacionales, con el objeto de que saliesen como exploradores á observar al enemigo; pero hubo de abandonarse la idea, porque cuando se consiguieron monturas, aquel se hallaba á las puertas de la ciudad, por la garita de San José.

Hacia las seis y media de la tarde desembocó por las calles de México una columna de reaccionarios, como de quinientos hombres de las tres armas, la que

tocó parlamento en la esquina del *Filtro*; no contestándoles la plaza, repitieron el toque una calle más abajo, guardando el cuartel general el mismo silencio que la vez primera. La causa de esta omisión fué que los nacionales no conocían varios toques, de modo que no supieron lo que el enemigo pretendía, ni lo que habían de contestar. En vista de la actitud de la plaza los reaccionarios siguieron avanzando, llevando al frente la infantería, á retaguardia la artillería, y á los lados, por las aceras, la caballería. Al llegar á la tercera calle de México el teniente Arroyo Limón dió en su trinchera la voz de fuego, trabándose inmediatamente la lucha entre las fuerzas que avanzaban y el parapeto y las alturas que lo sostenían.

El fuego continuó hasta las siete de la noche, hora en que la reserva de Ramírez Pérez acudió á la defensa de la trinchera; momentos después desalojaron los asaltantes las calles de México.

Al mismo tiempo que la primera columna avanzó una segunda por las calles del 5 de Mayo, la que fué recibida con valor por el teniente Acuña, apoyado por las alturas de que ya hicimos mención.

Otras varias columnas adelantaron por distintos rumbos, de tal manera que á las ocho de la noche todas las alturas hacían fuego con mucha actividad. Una de las citadas columnas avanzó demasiado por

la calle del Correo, siendo á las diez de la noche enviada á batirla la reserva de Ramírez Pérez, la que consiguió hacerla retroceder hasta la plazuela de San Sebastián.

Ante la bizarría de Acuña y del destacamento del cuartel, las tropas de Osollos comenzaron á horadar la manzana del mesón de San Pedro, con el fin de apoderarse de la casa que hace esquina á la tercera calle de la Aduana y segunda del 5 de Mayo, y poder batir más fácilmente el cuartel y el parapeto adyacente. Los asaltantes fueron detenidos en su obra por los tenientes D. Joaquín Royo y D. Ramón Pérez, enviados con ese objeto; mas habiendo vuelto á sus puestos los citados oficiales acompañados de su gente, los reaccionarios se hicieron dueños á las pocas horas de la mencionada casa, así como de la que le hace frente por el oeste.

Con estas pérdidas la posición de Acuña se hizo crítica, por lo que se le dió orden de incendiar su trinchera y retirarse á las reservas situadas en el atrio de la Parroquia. Así se hizo, mas Acuña pretendió antes pegar fuego á la segunda de las casas citadas anteriormente, cosa que no consiguió por haber dominado los asaltantes el incendio, en medio de una lluvia de balas que los nacionales les enviaron al retirarse.

Con el abandono de la trinchera cayó en poder de

Osollos la tercera esquina del crucero en que tenía lugar el ataque de que estamos hablando, quedando sólo por los de la plaza la esquina del cuartel, cuyo edificio hubo necesidad de cerrar, barricando las puertas y ventanas.

Al amanecer del día 10 volvieron los reaccionarios á romper el fuego sobre el parapeto de la calle de México, y como éste carecía ya de defensa estando flanqueado, se dió orden á Arroyo Limón de que lo abandonase incendiándolo. Para efectuar esta retirada el jefe del punto se vió obligado á salir en persona á favorecer la incorporación de unos soldados que estando en observación se hallaban en peligro; esta circunstancia pudo ser fatal para el destacamento, pues en aquellos momentos el enemigo se preparaba para un ataque por la izquierda, que hubiera desbaratado fácilmente á los nacionales; afortunadamente el paisano D. Vicente Rodríguez se presentó en la trinchera á dar la voz de alerta, y con ésto y con haber dirigido el mismo Rodríguez el fuego hasta el regreso de Arroyo Limón, los guardias nacionales pudieron retroceder en orden sin haber perdido un solo soldado.

En la misma mañana una gruesa columna de caballería avanzó por la plazuela de San Sebastian y calles del Ferro-carril, hasta embocar las calles de San Antonio, á donde llegó como á las ocho. No habiendo

fuerzas disponibles por el momento, más que una de las reservas y una guerrilla de voluntarios que se había presentado al cuartel general pidiendo armas y parque, fué enviada esta última contra el enemigo, siendo mandada por el jefe que ella misma se había dado D. Rafael Hernández. La citada guerrilla obrando en tiradores, las más de las veces pecho á tierra, obligó valientemente al enemigo á retirarse (1).

Pocas horas después el resto de la reserva, compuesta de cincuenta hombres al mando del capitán D. Francisco A. Mateos, fué enviada á explorar, encontrando desocupada la parte baja de la población, pero al dar la vuelta hácia el lado de arriba, se vió

(1) Cuéntase de un individuo perteneciente á la guerrilla Hernández un hecho notable. Al regresar á la plaza sus compañeros quedóse retrasado y cuando pretendió volver al interior se vió de repente amagado por varios dragones de los de Osollos. José de J. Reyes—que tal es el nombre del individuo á que nos referimos—huyó en los primeros momentos y se ocultó en el hueco de una puerta. Al ver ésto los contrarios continuaron su camino, menos uno que se echó en persecución de Reyes. El valiente voluntario no tenía más que un tiro disponible, pero no contando ya más que un solo enemigo, le salió al encuentro, armó su bayoneta é hincando uno rodilla en tierra esperó impávido. El dragón se le arrojó encima disparándole á quema-ropa, sin tocarlo afortunadamente; en el mismo momento Reyes hirió con su bayoneta el caballo de su contrario, quien volvió grupas considerándose á merced de su enemigo. Reyes regresó entonces á la plaza, sin haber disparado su último tiro, que llevó como salvaguardia para poder atravesar el espacio que todavía le faltaba para llegar á sitio seguro.

detenida en el barrio de las Pitayitas por el enemigo que le causó una baja.

El combate seguía entre tanto en las manzanas de que se habían apoderado los reaccionarios en las calles del 5 de Mayo, avanzando siempre á través de ellas por medio de horadaciones, con el ánimo de penetrar al recinto de la plaza. Hácia medio día las citadas fuerzas lograron apagar los fuegos del destacamento del cuartel, sin que el edificio se rindiera sin embargo. Próximas ya á desembocar en la plaza las tropas de Osollos, el teniente Acuña penetró á la más cercana de las manzanas invadidas (1) consiguiendo después de un reñido combate desalojar al enemigo más allá del lugar en que había estado colocada la trinchera de esa calle.

Poco después una gruesa columna de caballería pretendió sorprender la población por el lado de San Antonio, siendo detenida por el destacamento situado en el convento del mismo nombre, que mandaba el subteniente D. Pedro Mateos, y por el certero fuego que le hacían las alturas de la Parroquia y el Colegio de niñas.

Al oscurecer del mismo día 10 la tropa llevaba veinticuatro horas continuadas de combate, por lo

(1) La del entonces Mesón de San Antonio, hoy Hotel de Diligencias.



que se mandó dar á los nacionales un descanso de dos horas, turnándose por mitades.

Ya entrada la noche el enemigo que circunvalaba la población se hizo señas por medio de cohetes, teniendo ésto por objeto preparar la retirada por temor á las fuerzas del general D. Tomás Moreno que se aproximaban. Ignorando los de la plaza que marchasen tropas federales en su auxilio, creyeron que los reaccionarios se disponían á un asalto general.

Las circunstancias no podían ser más críticas para la guarnición: hasta ese momento se tenían gastados cerca de cuarenta mil tiros y sólo quedaba una caja con un poco más de diez mil cartuchos. Reunida en el acto una junta de guerra formada de capitanes, se acordó ocultar al batallón la falta de parque y dar orden de concentración al atrio de la Parroquia, á fin de intentar en seguida la retirada por el rumbo de Santa Margarita. Enterados los subalternos de lo dispuesto en la junta, se opusieron enérgicamente á abandonar la población, influyendo poderosamente para que los nacionales tomaran esa actitud, los oficiales Acuña, Ramírez Pérez, Arroyo Limón y Vallejos. En vista de todo ésto el teniente-coronel Cevallos dispuso que cada quien permaneciera en su puesto en espera de los sucesos.

Antes de que esta última resolución fuera tomada, se mandó á Vallejos á su punto de la ex-alhóndiga,

se confió el mando de la torre de la Parroquia á Acuña y se enviaron á explorar las intenciones del enemigo á los tenientes Ramírez Pérez y Arroyo Limón, el primero con cincuenta hombres y el segundo con veinticinco.

La fuerza de Arroyo Limón tuvo un encuentro con el enemigo en las Pitayitas, en cuyo punto sostuvo el fuego por un cuarto de hora contra una trinchera situada entre la segunda y tercera calle de México, parapetándose él mismo detrás de unos tercios de tabaco. Habiendo llegado en su auxilio Ramírez Pérez, regresaron juntos al cuartel general.

Era evidente después del reconocimiento practicado, que las fuerzas sitiadoras no se preparaban por el momento al asalto, siendo ésto una de las razones que influyeron en el ánimo de Cevallos para conceder á sus soldados lo que pedían.

Como consecuencia se mandaron cubrir violentamente con trincheras las entradas, por el lado norte, de los portales de la Victoria y del Coronel Cevallos, cuyas alturas respectivas estaban mandadas—según se recordará—por los capitanes D. Luis Modesto Hernández y D. José M. Flores. Las trincheras citadas fueron encomendadas á Ramírez Pérez y Arroyo Limón.

El resto de la noche se pasó sin incidente. Al ama-

necer del 11 el enemigo, con el fin de ocultar los movimientos que ya había comenzado á efectuar, tocó diana que le contestó la plaza. Los reaccionarios habían en silencio dado principio á su retirada, protegidos por las sombras de la noche, por lo que no quedaban en esos momentos más que la columna de ocupación de las calles del 5 de Mayo, cubriendo la retaguardia del enemigo.

A la citada hora se dió orden al teniente Ramírez Pérez de que avanzara de frente por las calles ocupadas, al de igual clase Acuña de que penetrase por

*José M.<sup>a</sup> de Cevallos*



Fac-simile de la firma del teniente-coronel D. José M. de Cevallos Cabo.

el interior de las manzanas invadidas, á través de las horadaciones, y al teniente Arroyo Limón de que, dando un rodeo por las calles de la Independencia hasta la calle de San José, cayese sobre el enemigo por la retaguardia. Así se efectuó sin más incidente que el haberse encontrado Arroyo Limón con un pi-

quete de caballería, el cual retrocedió sin oponerle resistencia.

Ramírez Pérez había podido llegar hasta batirse de cerca con una trinchera que los reaccionarios tenían casi enfrente de la iglesia de Santa María. A poco desembocó Acuña por una de las casas inmediatas y momentos después apareció Arroyo Limón por la espalda. Viéndose el destacamento de la trinchera atacado por el frente, por la retaguardia y por uno de los flancos, huyó por la calle transversal que le quedaba libre, hasta enfilarse las calles de México por las cuales desapareció.

La fuerza citada era la última fracción de las tropas de Osollos que abandonaba el campo; de ello pudieron convencerse los nacionales explorando la población por el lado de arriba.

Rendida de fatiga y ya casi sin parque, la guardia nacional celebró el suceso con la alegría que es de suponerse. A pocos momentos—nueve de la mañana—el centinela de la Parroquia anunció la aproximación de una respetable fuerza de las tres armas, ocasionando la alarma consiguiente, porque suponiéndose que fuera todavía el enemigo no se sabía como iba á ser posible resistirle.

Se recordará que los nacionales ignoraban que el general Moreno—que era quien se presentaba—marchase en su socorro. Dado á reconocer, Moreno pe-

netró á la ciudad, arengando á la guardia que tan valientemente había defendido á Córdoba.

Los reaccionarios tomaron en su retirada el camino de Monte-blanco á Coscomatepec, dejando abandonada una de sus piezas en el punto llamado Dos Caminos.

El general Moreno dispuso la salida de sus tropas en persecución del enemigo, ofreciéndose los nacionales á acompañarlo, menos una compañía que se dejó al cuidado de la plaza y de la artillería de la federación que no se quiso llevar. Ya en marcha, se incorporó al grueso de la columna el general la Llave con los nacionales de Orizaba.

La división llegó frente á Coscomatepec al oscurecer del mismo día, permaneciendo toda la noche en el campo y sobre las armas.

Las fuerzas de Osollos comenzaron á evacuar la villa de Coscomatepec al amanecer del día 12, pero sorprendidas en su fuga por una sección de nacionales de Córdoba, á cuyo frente se hallaba Acuña en busca de un paso para cerrar por ese lado la línea de circunvalación, fué dada la voz de alarma; toda la división cayó entonces sobre los reaccionarios, dispersándolos completamente, haciéndoles algunos prisioneros y quitándoles tres cañones y más de treinta cargas de parque.

Después de tomar descanso regresaron todas las

tropas á Córdoba, custodiando el botín la guardia cordobesa.

En todos los combates habidos las pérdidas de los nacionales fueron insignificantes, pues no tuvieron más que dos muertos y algunos heridos y contusos.

Al despedirse el general Moreno para continuar por otras partes la campaña, dirigió á la guarnición una proclama (1) y otro tanto hizo en seguida el general la Llave en Orizaba (2).

La guardia nacional pidió á Moreno uno de los cañones quitados al enemigo; el citado jefe prefirió ceder uno de los suyos, pieza reforzada de á ocho, la cual figuró después en varios encuentros, bautizada con el nombre de *la Totola*. (3)

(1) Vease en el *Apéndice* (documento núm. 19).

(2) Vease en el *Apéndice* (documento núm. 20).

(3) La mayor parte de los detalles del ataque de Osollos están tomados de una relación inédita escrita por el Sr. José M. Arroyo Limón, y que en la actualidad pertenece á su hijo D. Miguel. Han sido aprovechados también, para garantizar la relación citada, los datos del Archivo municipal y los suministrados por los Sres. Vicente Rodríguez, Antonio Berlín y Suárez, Hilario Lozano, Ramón Arévalo, Pedro List, Manuel Alvarez y Tranquilino Colina, todos testigos presenciales y la mayor parte individuos de la guardia nacional en 1856.